

**RAUL RINGUELET**

**Profesor suplente y Jefe de Trabajos prácticos de Zoología  
General de la Universidad de La Plata**

# TEMAS

— DE —

# CIENCIAS NATURALES

**LA PLATA**  
**Edición del autor**  
**- 1 9 4 6 -**

---

Versión electrónica realizada por  
el Ingeniero Claudio della Croce  
Marzo de 2007, La Plata, provincia de Buenos Aires, Argentina

Aquí se han reunido una serie de disertaciones y conferencias sobre variados temas de Ciencias Naturales, de Zoología más que todo. Colaborador espontáneo del Jardín Zoológico de La Plata, pero sin ninguna relación oficial, y en coincidencia con la opinión de su Director, sobre la utilidad y el valor didáctico de disertar sobre tópicos poco trillados entre nosotros, participé por invitación personal en la audición hebdomadaria de esa repartición, propalada por L. S. 11 Radio Provincia de Buenos Aires. Todas esas conferencias radiales, tal las califico inmodestamente, que diera en ese ciclo, forman la mayoría de este folleto. Varias disertaciones están dedicadas a naturalistas argentinos, parte de un plan que sugiriera para dar a conocer sus vidas y obras. Suprimida bruscamente la audición quedó incompleta esta «galería de naturalistas argentinos» y así es que varias figuras interesantes y destacadas quedaron en el tintero.

Al publicar ahora estas y las restantes conferencias (años 1943 y 1944) pretendo darles con la mayor amplitud su finalidad verdadera: divulgar aspectos de las Ciencias Naturales y de sus cultores en la Argentina, llamando la atención sobre problemas suyos en directa relación con la enseñanza o con su desenvolvimiento, a mi juicio, en parte mal encarados.

La Plata, Mayo de 1946.

## **FRANCISCO P. MORENO**

---

Hace poco tiempo el país recordó al «perito Moreno», como suelen nombrarlo con una estatua en San Carlos de Bariloche y llevando sus restos a una isla del Lago Nahuel Huapí, para que allí reposaran en el sitio mismo que cimentó su gloria. Con justicia figura entre nuestros próceres civiles. Fue enorme su labor de patriota como primer argentino blanco que pisó y exploró tierras del indio argentino en la ignorada Patagonia. La nación ha de estarle agradecida a varones como este, que reivindicaron tierras nuestras, tierras que un ilustre argentino obcecado considerara como ajenas con verdadero extravío. No en balde su tenacidad, su enorme voluntad y su trabajo motivaron que los discutidos límites con Chile se corriesen más al oeste de lo que estuvieron por fijarse. Su labor de geógrafo y explorador, reconocida desde temprano por muchas entidades científicas del viejo mundo, que lo fueron incorporando a su seno, es una de las más grandes que haya cumplido argentino alguno.

Nació en Buenos Aires en 1852, hijo de argentinos; su padre, de familia española radicada desde fines del siglo XVIII, y su madre hija de un oficial inglés de los que vinieron con las invasiones. Ya de adolescente fue atraído por las Ciencias Naturales y sintió un impulso tiránico por conocer y estudiar las tierras ignoradas de la patria adonde el blanco no había llegado.

Fue hombre de acción más que de pensamiento y toda su vida lleva el sello del que se forma a sí mismo por esfuerzo propio y lejos de las aulas universitarias. Pero no hay desmedro en llamarlo doctor pues lo era «honoris causa». Su mérito de naturalista no es ciertamente el de investigador de gabinete, porque la producción científica no era su destino. Con todo, escribió tres trabajos sobre temas antropológicos y ocho sobre la fauna extinguida del país, que revelan que estaba dotado de la capacidad del investigador. Su valor real fue el del organizador gigantesco, el hombre que dejó poco a poco menguar su producción escrita para dedicar su genio, su certera visión y, su terrible voluntad al adelanto de las ciencias naturales.

De sus exploraciones obtuvo notables piezas producidas por los indígenas, valiosos restos humanos, con los que formó un museo particular. Apenas si tenía poco más de 20 años cuando Broca señaló el valor del Museo Moreno. Vicente G. Quesada, ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, tuvo el mérito de haber visto la importancia de la obra juvenil de Moreno. En 1877 proponía a la Legislatura la creación de un Museo de antigüedades americanas con la «base del Museo formado por el atrevido explorador Francisco P. Moreno», según sus mismas palabras. Esas colecciones estaban en la quinta paterna en Buenos Aires, en un galpón donde dormía su dueño. La insinuación del Dr. Quesada llegó directamente al explorador y llegaron a una solución: él donaba sus colecciones y el gobierno creaba un Museo nombrándolo director vitalicio. La Ley se sancionó el 8 de Octubre de 1877 y se promulgó el 17 del mismo mes. En un local central se abrió al público el 1º de Agosto del 78. Luego, con la fundación de La Plata, se comenzó la construcción del edificio actual, solemnemente inaugurado en 1885, pasando al Museo a depender de la Universidad Nacional de La Plata cuando su creación. Su gran labor de naturalista, fué, pues, la fundación y la dirección del Museo de La Plata, y puede decirse que nombrarlo es nombrar a Francisco P. Moreno. Moreno puso todo su entusiasmo y su fuerza en engrandecerlo, y a fé que lo consiguió: Un sólo detalle dará la medida de ello: en la inauguración primitiva de 1878 el material arqueológico y antropológico se exhibía en 14 estantes.

Siendo un hombre de cultura propia y procurada entre las alternativas de sus expediciones, tenía sus lagunas que él mismo conocía. Su amigo Quesada le sugirió una ida a Europa para mejorar su preparación. Hizo el viaje en 1878 con un plan metódico de estudios y siguió los cursos de incógnito, ya que llamaría la atención la asistencia a clase del Director del Museo, del explorador y geógrafo de fama notoria. Pero no duró mucho el incógnito, pues lo descubrieron en el aula del profesor Broca. Invitado a dar conferencias y a escribir artículos, agasajado como sabio exótico, desde ese día no pudo continuar su propósito.

Supo rodearse de un núcleo de especialistas y hambres de ciencia que trabajaron con ahínco, estimulados y dirigidos por él mismo. Algunos años después de la fundación del edificio definitivo aparecieron la Revista y los Anales del Museo de La Plata, donde colaboraron ilustres exponentes de la ciencia. Demostraba entonces Moreno haber alcanzado los propósitos fundamentales que lo dirigían: la exploración del territorio nacional, el estudio de sus producciones naturales y la exposición al público.

Cuando su actuación como perito argentino en el asunto de límites con Chile y al ser nombrado diputado al Congreso, comprendió Moreno que no se podría dedicar al Museo como lo había hecho hasta entonces y renunció a seguir al frente. El mismo nos ha dejado sus ideas al respecto, que revelan el hombre recto y poco ambicioso que era; palabras que bien pueden servir de norma. «La dirección de un Museo semejante, exige tiránicamente, la dedicación exclusiva de la vida entera: así lo concebí y ejecuté hasta que el gobierno reclamó mi colaboración en la cuestión de límites. Es cierto que he prestado en esto un servicio grande a mi patria, consagrándole cuanto en tal sentido pude idear y ejecutar, pero reconozco que eso me ha desviado de las tareas de esa dirección y me he visto impedido de continuar vigilando el desenvolvimiento del Museo al principio. Y esa solución de continuidad de mi situación ya no admite enmienda: debo cargar con sus consecuencias. Dejo en la instalación del Museo en las colecciones reunidas, en el personal organizado, en la Revista y los Anales, la prueba de que mi paso no ha sido estéril, pero la exigente conciencia reclama mi eliminación, porque considero que debe reemplazarme quien esté resuelto a dedicarse por entero a la tarea, sin reato de género alguno; me fuera dado a mí hacerlo todavía así ahora, como me fue antes posible verificarlo, ciertamente no abandonaría mi puesto de lucha. Y habría circunscripto cada vez más mi actuación a dirigir la labor conjunta del Museo y sacrificar, en la medida de lo necesario, la producción: el ejemplo de Burmeister, absorbido por sus personalísimos trabajos y convirtiendo al Museo de la Capital en exclusivo laboratorio para sus fines especiales, demuestra elocuentemente que para el país y para la Institución científica confiada a su dirección, habría sido preferible que fuera más director que sabio investigador. A los especialistas debe dárseles la oportunidad de dedicarse a las investigaciones con toda amplitud, pero fuera de la Dirección de esos establecimientos, que sufren de la exclusividad del sabio, olvidado de todo lo que no se encuentre en la zona visual que forzosamente limitan las anteojeras de su especialidad. De ahí que consecuente con esta convicción, haya preferido ser verdadero director antes que investigador especialista. Ahora bien: amo al Museo como creación mía, por sobre todas las cosas y ambiciono que se convierta en una Institución que atraiga y concentre la atención del mundo científico: le he dado ya lo mejor de mi vida; ahora deben venir otros y ampliar y completar la tarea».

Si enfocamos al Dr. Francisco P. Moreno como naturalista, existe otro aspecto aparte del reseñado. Es bien sabido que el Congreso Nacional le regaló por su actuación en servicio del país,

una gran extensión de tierras en la región de los lagos del Norte patagónico. Con visión admirable eligió una parcela de 3 leguas y las donó a su patria para formar un parque nacional. Este es el actual parque nacional de Nahuel Huapi y constituye el primer paso en el país en materia tan importante. Demuestra este acto de Moreno su conocimiento sobre lo que es la naturaleza y del peligro de las transformaciones futuras. No pudo él ver como se ha falseado su objetivo, porque es seguro que su visión no incluía los ciervos indios y europeos y los faisanes, como formando parte del acervo natural de una región argentina.

Abandonada la dirección del Museo y terminado felizmente el asunto de límites, se encontró fuera de su centro y se dedicó a ordenar apuntes y recuerdos que aparecen en sus Memorias. Creyó quedar olvidado y fué en ese momento de depresión cuando recibió la medalla Jorge IV que entrega la Real Sociedad Geográfica de Londres a los servidores más grandes de la ciencia. Casi los últimos 20 años de su vida, hasta su muerte en 1919, los pasó en la vieja quinta de la calle Caseros, dedicado a distribuir recursos a los niños y jóvenes desamparados, y en patrióticas preocupaciones por el bien de su país. Porque en esto, como en haber costeado de su peculio los cimientos del edificio que hoy ocupa el Museo de La Plata, revela su generoso desprendimiento. Un año antes de su muerte escribía: «No puedo dormir pensando en lo que hay que hacer para la mayor grandeza y defensa del país, y mi falta de fuerzas, de recursos y de vida, para hacerlo comprender en esta capital tan extranjera para los nativos...».

Supo traer al Museo de La Plata varios indígenas que allí vivieron en medio de los testimonios de su raza. Hasta hace algunos años, estaba don Juan Coñuel en funciones de portero, como retazo y recuerdo de las exploraciones patagónicas; cuando murió el recuerdo de Moreno pareció hacerse menos tangible. En el Museo de La Plata existe una sala llamada sala Moreno, donde se guardan religiosamente testimonios del grande hombre. Allí están sus libros, objetos personales, su retrato, como reflejos de un gran argentino. Desgraciadamente permanece cerrada y el público no tiene acceso. He visto repetidas veces el interés de muchos en penetrar en el recinto que guarda un pedazo del alma de Francisco P. Moreno y hago votos porque ese interés sea atendido.

(Conferencia pronunciada el 29 de Abril de 1944, por L. S. 11, Radio Provincia de Buenos Aires).